

balazo en la cabeza. Si esa tropa choca con ustedes queda liquidada.

Paz no coloca “las dos fuertes emboscadas en los caminos que vienen de Estrada Palma, para que le cuiden a ustedes la retaguardia”.

Con la otra parte de su tropa, Duque debía tratar de interceptar a los guardias en algún punto de las laderas de El Brazón, pues había noticias de que el enemigo en fuga avanzaba por un trillo, a media falda, que salía de la casa del campesino Ricardo Ríos en dirección a Providencia.

Mientras todo esto ocurría en El Brazón fui tomando las disposiciones necesarias para crear una línea lo más sólida posible en Providencia e impedir la fuga de la maltrecha tropa en desbandada.

Esa misma tarde ordené a Paz y a Daniel que se movieran con todas sus fuerzas al caserío y, tras un rápido estudio del terreno, ocuparan las posiciones más adecuadas. Paz decidió colocarse en una parte elevada del firme de Providencia, de frente al caserío y dominando el cauce del río a su derecha, por donde consideró correctamente que deberían salir los guardias. No cerró del todo la emboscada, colocando personal rebelde en la falda del alto de Pica Pica, del otro lado del río, pues recibió la información de Aguilerita, quien había sido enviado a explorar, que ya el enemigo había tomado ese alto. Esta noticia no resultó ser exacta, los guardias nunca ocuparon el alto de Pica Pica. Al final, El Vaquerito se ubicó en el extremo de la falda de Pica Pica, del otro lado del río y del caserío de Providencia.

En su premura por ocupar en el menor tiempo posible las mejores posiciones para rechazar al enemigo en fuga, Paz tampoco tomó la precaución de cubrir su retaguardia dejando algunos hombres del otro lado del firme de Providencia, donde ya el terreno descendía hacia el llano. Esta imprevisión resultó fatal.

A la izquierda de Paz, Daniel desplegó todas sus fuerzas a lo largo de las alturas laterales del firme. Más a la izquierda, comenzando a cerrar la emboscada, el teniente William Gálvez se ubicó con una pequeña escuadra en el alto que ocupaba el cementerio del poblado.

Desde poco después del amanecer del 28 de julio, los guardias comenzaron a bajar por las faldas de la loma de El Brazón hacia el río y el caserío de Providencia. Cuando estaban a tiro de las posiciones rebeldes se inició el combate. Nuevas bajas se sumaron ese día a las ya sufridas por el Batallón 11 en su huida. La acción se prolongó varias horas, durante las cuales se logró contener el avance del enemigo.

Pero mientras esta acción estaba en desarrollo, fuerzas del reconstruido Batallón 22, estacionadas en Estrada Palma, se habían desplazado hacia Providencia para apoyar la salida de los restos del Batallón 11.

Sin encontrar resistencia consiguieron subir desde el llano al firme de Providencia y ocupar el extremo opuesto de la falda del alto de Pica Pica. Con este movimiento se colocaron, de hecho, a espaldas y al flanco derecho de la posición de Paz. Como resultado del sorpresivo fuego, mientras combatían contra los que avanzaban frontalmente cayeron el comandante Paz, el teniente Fernando Chávez y el combatiente Federico Hadfeg.

Sometidos a esta presión desde la retaguardia, los hombres de Paz se replegaron hacia las posiciones del pelotón de Daniel, quien, a su vez, había dado también la orden oportuna de retirar la fuerza rebelde de ese lugar. Todo el personal de la emboscada se movió en dirección al cementerio y hacia Palma Criolla, aguas arriba del río Providencia.

Mientras tanto, los restos del Batallón 11 trataron de salir por el río Yara. Pero no fue sino hasta después del repliegue de los hombres de Paz cuando finalmente pudieron avanzar sin peligro de caer bajo el fuego guerrillero. El grupo con la camilla de Sánchez Mosquera se detuvo del otro lado del caserío, y cuando el camino quedó libre siguió en dirección al río, cruzó al otro lado del firme de Providencia y continuó poco más de un kilómetro hasta El Guineal, ya en pleno llano, donde se posó el helicóptero enviado por el puesto de mando de Bayamo a recoger al herido y transportarlo a Santiago de Cuba para recibir las primeras atenciones.

Según supimos después, Sánchez Mosquera quedó parapléjico como consecuencia de su herida, pero con el tiempo logró recuperar alguna movilidad. El 1ro. de enero de 1959 se fugó hacia Miami, donde los criminales de Cuba siempre encuentran refugio seguro.

La muerte de Paz, junto con la de Cuevas, apenas 10 días antes, nos privó de dos de los jefes más eficaces, combativos e inteligentes con que contaba nuestra columna. Fue, sin duda, un duro golpe, que venía a sumarse a la pérdida de Angelito Verdecia, y a la que sufriríamos dos días después con la caída de Daniel, entre las bajas más sensibles que tuvimos durante toda la ofensiva enemiga. El hecho de que cuatro capitanes rebeldes fueran muertos en combate dice mucho del arrojo y la calidad moral de nuestros jefes, que no se abstenían de estar en la primera línea junto a sus hombres.

Desde Palma Criolla, los combatientes de Paz, bajo el mando de Daniel, dieron vuelta e iniciaron la persecución y el hostigamiento del enemigo, que se retiró precipitadamente en dirección a Cerro Pelado. Esta persecución continuó hasta Peladero, cerca de Naguas, a pocos kilómetros de Estrada Palma, en pleno llano. Ya no era posible hacer más.

En el informe anteriormente citado que le envié a Celia, en la noche del 28 de julio, le dije:

Ha sido titánico el esfuerzo por atrapar y destruir el batallón completo de Mosquera que luchó desesperadamente por salvarse dejando muertos por todo el camino. Hoy contaron con el apoyo de un batallón de refuerzo por el lado de afuera y atravesaron nuestro cerco por Providencia en plena fuga por todas direcciones. A Mosquera lo pudieron sacar un rato antes en helicóptero. La 50 no había llegado, ni el mortero 81 tampoco. Se ha seguido luchando durante el día.

[...] Se han ocupado armas, balas, obuses de mortero, etc. La gente de Mosquera quemó muchos fusiles de sus muertos, así como casi todo su parque de mortero y el mortero, para que no cayera en nuestras manos. Lucharon como unos endemoniados. Aún no puedo dar los resultados completos. Seguí todos sus movimientos con el minipak y el P.R.C-10.

Y en un mensaje al Che el día 29 le pude ofrecer más detalles:

En la batalla de Santo Domingo perdimos en total 7 hombres, entre ellos Paz. En conjunto toda la operación dió un saldo de más de cincuenta armas. Todas las balas gastadas en la persecución de Mosquera se recuperaron. Se le hicieron durante la persecución unos 30 muertos, pero es una verdadera lástima que por una serie de errores de la gente derivados del exceso de confianza no aniquiláramos al batallón completo.

El 29 de julio, al día siguiente de concluida la batalla, Radió Rebelde transmitió un extenso parte, redactado por mí, sobre la situación militar, del cual citaré algunos fragmentos:

Terminada la batalla del Jigüe, comenzó inmediatamente otra batalla de gran magnitud contra dos batallones de la tiranía, que operaban desde Providencia hasta Santo Domingo, a las órdenes del teniente coronel S. Mosquera.

Durante cuatro días se prolongó la lucha que comenzó el día 25 a las 12 meridiano contra las tropas enemigas que venían a reforzar el batallón 12 [11] acampado en Santo Domingo y concluyó ayer a las 2 de la tarde en el sitio conocido por Peladero, cerca de Nagua a varios kilómetros del central Estrada Palma. La persecución contra el batallón 12 [11] duró 42 horas consecutivas. Sánchez Mosquera, herido de gravedad en la cabeza, fué evacuado en un helicóptero ayer 28, a las 7 y 30 de la mañana. El batallón 12 [11] fue dejando por todo el camino un reguero de muertos y llevaban tras sí una larga caravana de heridos. En el camino quemó su propio parque, de mortero y de bazooa [...], para evitar que cayeran en nuestras manos. Reunidos más allá de Providencia los restos del batallón 12 [11] con el otro Batallón que vino en su auxilio ambos emprendieron la fuga hacia Estrada Palma, bajo el fuego de nuestras tropas que lucharon con

extraordinaria agresividad.

Sin que todas las unidades rebeldes, distribuidas en el ancho frente, hayan reportado todavía los resultados totales de esta batalla, hasta ayer, el enemigo había sufrido 46 muertos, 24 prisioneros y le habían sido ocupados 29 fusiles garands, 16 ametralladoras cristóbal, 8 fusiles Springfield, miles de balas, 1 bazooa con 20 proyectiles, dos cajas de obuses de mortero calibre 60, 15 obuses de mortero calibre 81, más de cien mochilas y otros equipos. La zona de Santo Domingo, el Salto y Providencia han quedado totalmente liberadas de tropas enemigas. Nuestras fuerzas sufrieron en esta sangrienta batalla 7 muertos y 4 heridos. [...] El Ejército rebelde ha aumentado extraordinariamente sus efectivos de combate y prosigue la lucha contra los restos de las fuerzas enemigas, que iniciaron la más grande ofensiva militar que pudo imaginarse en nuestra República, con 14 batallones de infantería y siete compañías adicionales, apoyada por una flota aérea y unidades blindadas. Armadas ahora con las bazooas ocupadas al enemigo, nuestras columnas pueden batirse contra los tanques de la tiranía.

La ofensiva se ha convertido en fuga desesperada.

Como dice el parte leído por Radio Rebelde, en todas estas acciones, sin contar el combate contra el refuerzo en Casa de Piedra, el enemigo sufrió nada menos que 100 bajas, de ellas 46 muertos y 24 prisioneros. Se capturaron más de 50 armas y miles de balas. A pesar de que no se logró el objetivo de destruir completamente el Batallón 11, lo cierto es que esta unidad quedó diezmada y desarticulada, y dejó de existir como entidad combatiente. Pero lo más importante es que el enemigo se vio obligado a abandonar la montaña, y el sector nordeste de nuestro territorio base quedó liberado de forma definitiva. Por eso, consideramos que el resultado de esta segunda Batalla de Santo Domingo —que más propiamente debería llamarse Batalla del río Yara, porque se desarrolló a todo lo largo del río, desde Santo Domingo hasta Providencia—, constituyó otra resonante victoria rebelde.

Sin embargo, no voy a negar que entonces me quedó un gusto amargo por no haber logrado la destrucción completa del Batallón 11. Errores cometidos por varios de nuestros capitanes contribuyeron a que no se lograra un resultado aún más contundente, que estábamos en condiciones de haber alcanzado.

El caso más claro fueron los fallos de Pinares y Suñol, que se dejaron confundir por el rumor de que había una fuerza enemiga en su retaguardia y no coparon el grueso del Batallón de Abón Li, que chocó con Paz en Casa de Piedra, lo cual motivó una de las críticas más severas que formulé durante toda la guerra, aún antes de que las dos compañías que dejaron escapar atacaran a Paz desde las alturas, detrás del firme de Providencia, cuando preparaba la línea de combate para impedir la fuga del Batallón 11.

Escuché que de un avión DC-7 daban la orden de disparar desde las alturas que yo había indicado ocupar con suficiente antelación, para que la posición de Paz no fuera vulnerable. Experimenté una gran amargura, oía las órdenes que daba el enemigo, pero no podía comunicarme por radio con los jefes de nuestros combatientes.

Otro caso fue el arranque irreflexivo de Duque, pues su escuadra hubiese podido retrasar la huida de los guardias o, incluso, contenerla.

Pero no viene al caso detenerse hoy en esos errores, que en su momento nos sirvieron a todos de experiencia. Lo que importa es que, a estas alturas, había sido totalmente liquidada la grave amenaza planteada en dos de los tres sectores de la ofensiva enemiga, los dos más críticos por el peligro inmediato que representaban para el núcleo central de nuestro territorio en torno a La Plata. Quedaba ahora liquidar el tercero, para lo cual estábamos en óptimas condiciones.

(Continuará)